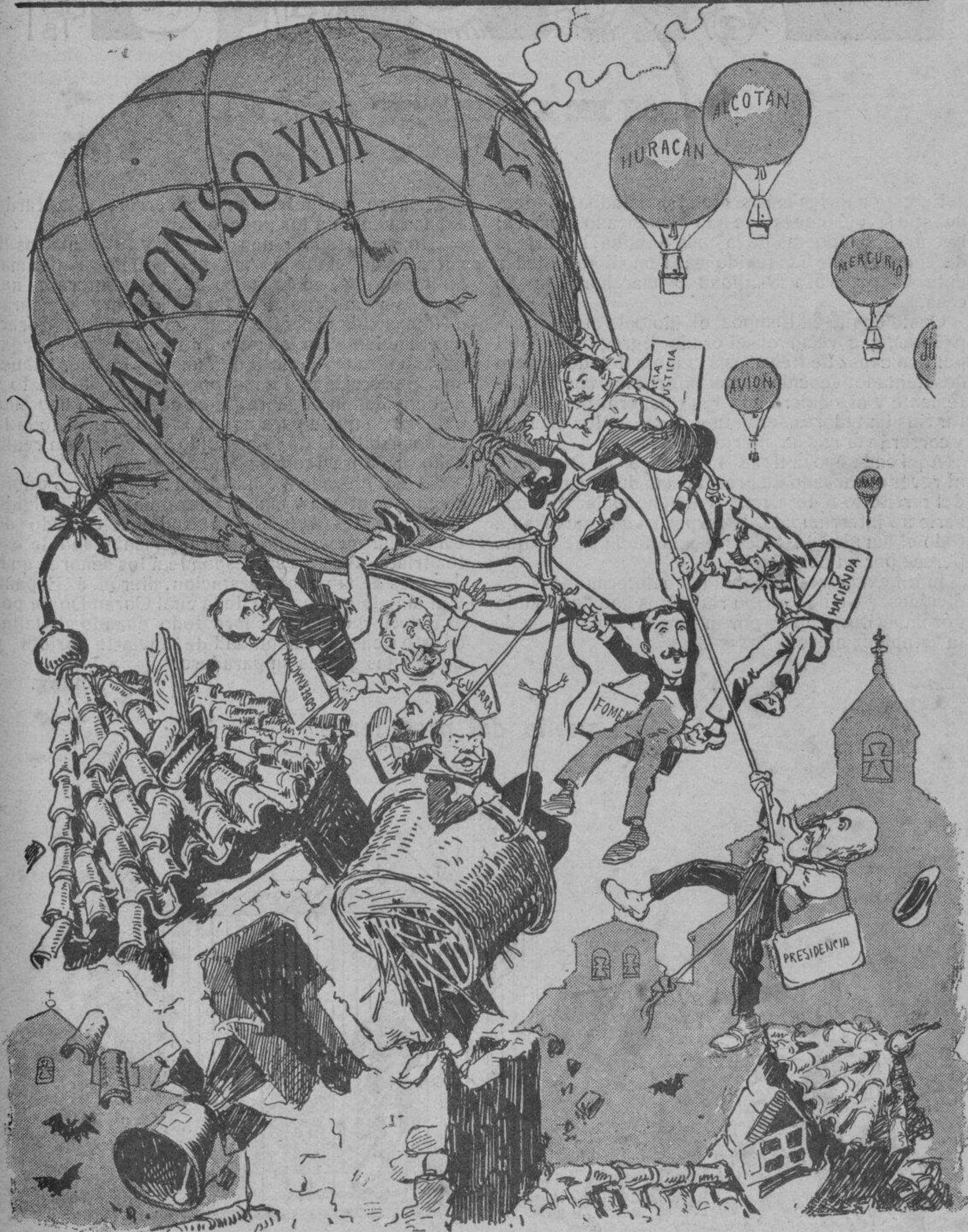


EL DILUVIO



Si el capitan quiere salvar el globo tendrá que tirar el lastre

10 céntimos.



INEPTITUD

En este país los más profundos estadistas—desde Istúriz á Cánovas—se han equivocado siempre; los otros, los poetas de la cosa pública, los líricos del Gobierno, no han tenido más remedio que ceder ante la poderosa Realidad ó marcharse á su casa.

Castelar fué en tiempos el ídolo de muchos españoles, que veían en el orador egregio un hábil político capaz de llevarles á la meta del ideal; pero desalentado, vencido por el infortunio, murió tristemente y ni siquiera nos legó esperanzas de éxito. Sus imitadores serán tan desdichados como él y correrán la misma suerte.

Aquí cada época tiene su hombre: un Bismarck al revés encargado de presidir una desmembración del territorio ó de firmar una ignominia. Es una serie no interrumpida de torpezas que alcanzan á todo el mundo, la lenta agonía de un pueblo que perece por su culpa.

Inútil exigir responsabilidad á determinados individuos. ¿Á quién atribuiría? Unos han delinquido por imbéciles y otros por miserable tolerancia de la estupidez ajena.

Siempre que advertimos un error, más tarde echan la culpa á los pequeños.

Romanones crea una policía y le señala los límites en que debe moverse. La policía resulta mala, detestable, no ve las cosas, no se entera de nada, y, sin embargo, á nadie se le ocurre censurar á Romanones ni á su egregio colaborador, Moret, que también puso las pecadoras manos en la organización franco-inglesa de nuestros inútiles sabuesos. Se recrimina á unos por su falta de olfato y de actividad inteligente, y, en cambio, no hay una palabra de queja para aquellos que tienen toda la responsabilidad de lo ocurrido, porque han realizado una obra ineficaz é incompleta.

Se ha elevado á Madrid y á los poderes públicos una protesta y muchos periódicos han dirigido rudos ataques á la policía. Nadie ha cuidado de evidenciar que casi toda la responsabilidad de estos tristes sucesos corresponde á los señores que, después de la sonora gestación, dieron á España y al mundo una policía de la cual Coran Doyle podrá decir que lo descubre todo cuando el delincuente tiene la amabilidad de enviarle tarjeta y decir á las gentes su paradero.

BOBBY.

**

El sueño del presidente



Don Segis con loco afán
sueña en esta solución;
cuando llegue la ocasión
aquí le recordarán
que los sueños sueños son.

VERSOS TRUFADOS

Hace algunos días, no sé cuántos, celebró su beneficio la tiple del Paralelos Adelita Taberner, y sus admiradores (pues, aunque parezca cosa rara, hay quien admira como tiple á tan simpática joven), sus admiradores, repito, aprovecharon la ocasion para aplaudirle á rabiar. Esto de aplaudir á las tiples malas, buenas y medianas es cosa que se ve todos los días, y, por consiguiente, me parece bien, ó, cuando menos, no me parece mal; pero lo que ya no es corriente, ni casi casi tolerable, es que algunos de los admiradores extremen su admiracion hasta el punto de empuñar la lira y disparar á la beneficiada versos ripiosos y mal medidos. Yo ya comprendo que hay admiraciones difíciles de expresar; me hago cargo de que hay elogios tan declaradamente embusteros que no hay manera de acomodarlos en un verso de ocho sílabas cabales; pero, así y todo, creo que no había para tanto.

Juzguen mis lectores por sí mismos. Primera estrofa: «Entre las caras graciosas que nos llenan de placer, y que eclipsan, á mi ver, á todas las demás cosas, está... Adela Taberner.»

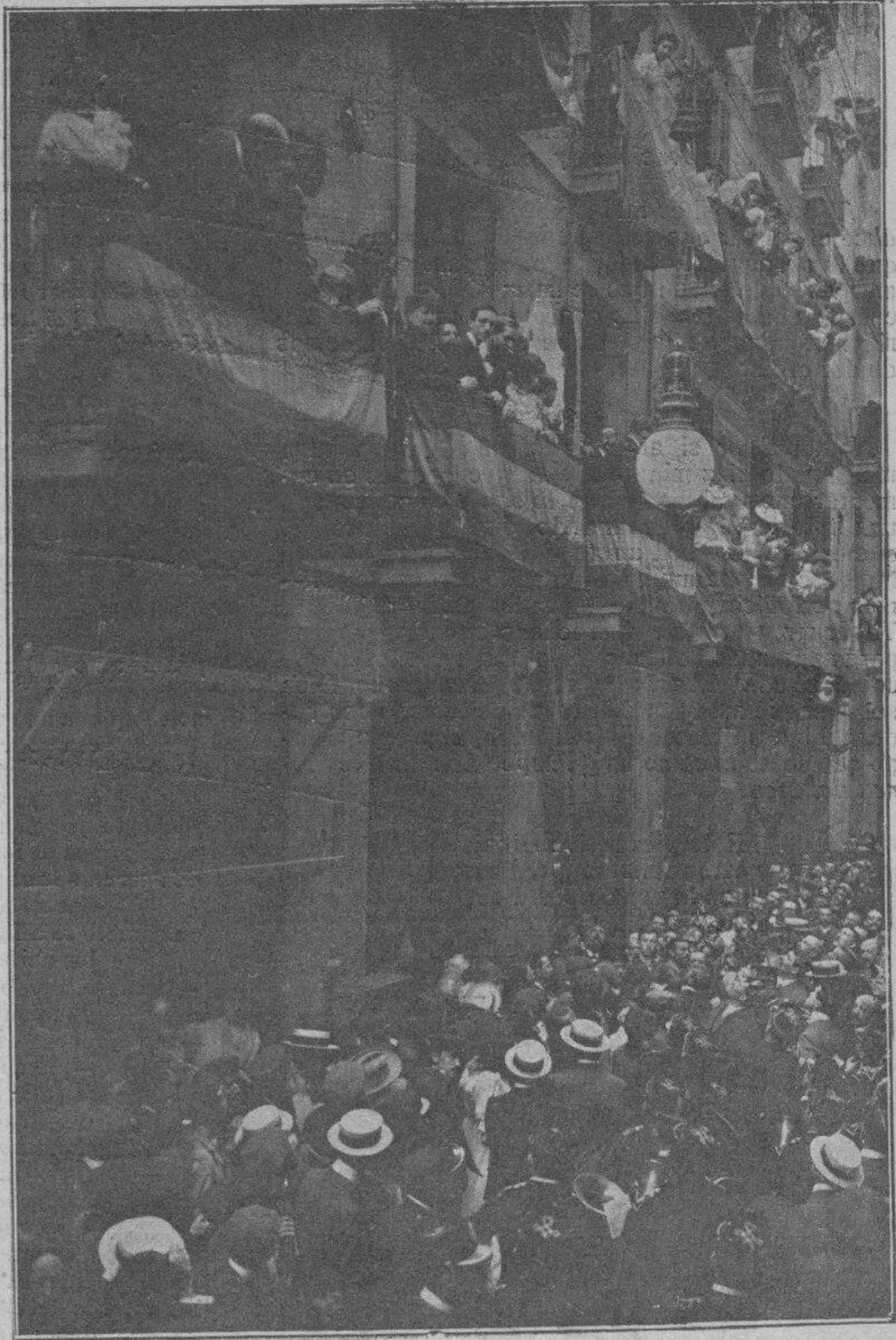
Ripios aparte, nos apresuramos á protestar de que se le llame cosa, así, á secas, á una señorita que no tiene otro defecto que cantar bastante mal. Nuestra protesta es desinteresada y sincera y, si se nos obligase á ello, demostraríamos que por ser una persona, y bastante agraciada por añadidura, no es cosa, y que como tiple tampoco es cosa... mayor. Segunda estrofa y segunda ofensa:

Despierta la admiracion por su gracia y sentimiento, que convierte en explosion de entusiasmo, su talento grande cual su corazon»,

De esta quintilla nos limitaremos á decir que nos parece atrozmente inoportuna la ocasion que el poeta ha elegido para decirle á la señorita Taberner que tiene el corazon muy pequeño.

Ahora entramos en la parte más difícil. El primer verso de la tercera estrofa empieza así: Hay que verle... y yo instintivamente dejo de leer para preguntarme con cierta picaresca curiosidad: ¿Qué pretenderá el poeta que queremos ver

Homenaje á Clavé



El acto de descubrir la lápida colocada en la casa en que murió José A. Clavé, en el número 15 de la calle de Xuclá.

á una tiple que ha tenido con el público la impagable amabilidad de enseñarle tantas cosas? Pero ¡ay, desilusion! cuando dirijo de nuevo mis ojos á la interrumpida poesía, en vez de la revelacion que del poeta aguardaba, me encuentro con un ripio, y no con un ripio nuevecito y aceptable, sino con un ¡vive Dios! que, es sin disputa, el ripio de que más abuso llevan hecho los copleros.

Pero damos la estrofa entera para no quitarle nada de su poesía y de su picaresca intencion:

«Hay que verle ¡vive Dios!
El arte de ser bonita,
y cantando La gatita
merece lo menos dos...
dos aplausos Adelita».

¡No son muchos, qué demontre! Para tan poca cosa no valía la pena de meter un ¡vive Dios!
Y, saltando varios versos, vayamos á la estrofa final, que es como sigue:

«Y así el público ¡pardiez!
en el teatro á porfía
demuestra su simpatía,
haciéndole lo menos diez,
diez ovaciones por día».

Al llegar aquí es tal la satisfacción que nos produce el pensar que se han concluido las quintillas, que lo perdonamos todo, todo: el ¡pardiez! del primer verso, la sílaba que se ha metido de más en el cuarto y hasta las diez ovaciones que recibe diariamente á porfía la señorita Taberner, si hemos de dar crédito al poeta.

* *

Y ahora, por si alguien extraña que yo haya malgastado diez minutos y tres cuartillas en comentar unos versos que no lo son y en censurar á una tiple que no debía serlo, diré, para concluir, que estas líneas son un leve desahogo de la justa indignación que me ha producido ver que los mismos periódicos que han llamado *genial* á Adelita Taberner y que han derrochado carros de prosa para cantar las bellezas de la porquería lírica que comenzó con *El arte de ser bonita* y que Dios sabe en qué arte concluirá, han censurado con rudeza á los artistas de Novedades, al propio tiempo que dejaban como un guiñapo *Los malhechores del bien*.

Esta pieza ¡vive Dios!
y estos artistas ¡pardiez!
valen lo menos por diez,
si la Taberner por dos,
y aun quedo corto ¡rediez!

J. DE ARAGON.



ARISTARCO

Formo cola en la taquilla; me hago dueño
de una localidad
y á fuerza de empujones al teatro
por fin consigo entrar.
Me siento en mi butaca decidido
el tedio á distraer;
entra un grueso señor, me pisa un callo
y me destroza un pie.

—Caballero—pregúntame—, ¿hace mucho
que se ha alzado el telon?
—No, señor; ahora mismo; creo que hace
solo un minuto ó dos...
—¡Qué tiple más infame!—continúa—
¡no hace más que mayar!
¿Y el tenor?... ¡Vamos hombre! ¡Qué ignominia!
¡lo debían matar!
¡Pues mire que la orquesta... *se las trae!*
¡Escuche el cornetín!
¡Oiga de qué manera desafina
el primer violín!
¡El maestro con guantes dirigiendo!
¡No he visto cosa igual!
Debe de tener frío el pobrecillo.
¡Qué hombre más animal!...
Verdad es que la obra es bien malita:
una historia de amor
en que una joven deja á un pobre chico
por un rico señor...
¡Qué corol! ¡Por la espalda á todos ellos
los deben fusilar!
¡Qué voces más ingratas! ¡Ese coro
no se puede aguantar!
¡Qué mujeres más feas y más viejas!
¡qué escándalo! ¡qué horror!
¡Bailando el aquelarre de seguro
que estarían mejor!
¡Vamos á oír el aria de la tiple!...
Pero, Señor, ¿por qué
no te apiadas de tanto como llora
esa pobre mujer?
¿Qué efecto habrán buscado los autores
con esa mutacion?
¡Cuidado que es horriblemente fea
esa decoracion!
Esa escena dramática es tan cursi
que no hace ni reir;
en cambio se aflige uno ferozmente
los chistes al oír.
—Hombre, perdone usted. A mí me gusta
y me quiero enterar.
—Pero, ¡si eso es más malo que la quina!
—¿Se quiere usted callar?...
El hombre calla un rato; mas no puede
en silencio seguir,
y, dando un salto en la butaca, exclama:
—¡Yo me tendré que ir!
Esa tiple debía ir á la escuela
á aprender á leer;
ese tenor, cavando, de seguro
carrera podrá hacer;
los autores del libro en un presidio
deberían estar,
y el músico pagar debe en la horca
tanto disparatar...
.....
Entre aplausos y bravos entusiastas
ha bajado el telon,
y el público se marcha satisfecho
despues de la funcion.
Mi vecino prosigue maldiciendo
y llego á sospechar
si será en arte lírico ó dramático
alguna autoridad...
—¿Usted será algun crítico, ó poeta,
ó músico tal vez?
—No, señor—me contesta—. ¡¡¡Colchonero
para servir á usted!!!...

SANTIAGO A. NARRO.

LAS ORDENANZAS MUNICIPALES



ART. 595 En los artículos de confitería y pastelería el color que se da á algunas pastas para la sopa ha de ser sólo y exclusivamente el producido por el azafran.

Recuerdos de la boda



Como debió ser la retreta. Con estos faroles hubiera sido el éxito más seguro.

VITALIS

Noche sin luna, fulguraban las estrellas en el ne-
grísimo firmamento.

Había dejado las desiertas calles del pueblo. Caminaba á la ventura, por el deseo de gozar de la serena y apacible noche de primavera, y, sin darme cuenta de ello, llegué hasta los muros del pequeño cementerio.

Nunca me ha atraído la tranquila mansion de los muertos, ni aun cuando más triste y abatido he estado, cualidad que atribuyo á mi ardiente amor por la vida; pero al hallarme allí, por una natural asociacion de ideas pensé en el término fatal de la existencia, en el misterio de la muerte, tras el cual se oculta otra vez la vida, y acabé por acordarme que precisamente al atardecer de aquel día el cuerpo frío de una hermosa joven había aumentado la silenciosa corte de la fatal deidad que reina soberana en ultratumba.

Sin ser miedoso, sobrecogióse mi ánimo y traté de distraerme contemplando el estrellado firmamento. El efecto fué inmediato: sentí más tranquilidad, más firmeza. Y es que la inmensidad del cielo, como la inmensidad del mar, parece obrar cual benéfico calmante sobre los ánimos perturbados é intranquilos.

Satisfecho de mí mismo por la prueba de valor que había dado llegando hasta los muros del cementerio á media noche, hora de los aparecidos, dí media vuelta, repitiendo mentalmente el verso aquel:

¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!

¡Los muertos! No creo en aparecidos, pero confieso que palpité aceleradamente mi corazón al divisar una sombra que se acercaba.

Indudablemente no era un muerto porque los muer-

tos no andan; ni alma en pena, puesto que las almas, según afirman quienes pretenden conocerlas, son incorpóreas é invisibles. Por lo tanto, deduje que era una ilusion de mis sentidos ó un sér vivo, de carne y hueso; y, satisfecho de mi razonamiento, esperé á un lado del camino.

Al pasar junto á mí, la sombra dijo:

—Hoy ó nunca...

Conocí la voz: era del doctor Vitalis.

Extraño sér era el doctor. Chiquito, flacucho y feísimo, hacía pensar, al verle, que quizás sea el mono una degeneracion del tipo humano.

En el pueblo tenía fama de ser un sabio con su poquitin de loco; pero yo tenía mis dudas acerca su pretendida sabiduría, y más bien creía que era un loco sin pizca de sabio.

Paseando con él cierto día, me habló de la posibilidad de alargar indefinidamente la vida humana, y acabó por decirme con mucho misterio, bajando la voz:

—Sí, amigo mío, ya he hallado el modo de eternizar la vida.

—Doctor—objeté—, ¿está usted seguro de ello?

—Segurísimo, hipotéticamente hablando.

—Permítame. Una cosa es la seguridad que presta una hipótesis, por bien fundada que esté, y otra la seguridad basada en los hechos.

—Me explicaré. Fundándome en la teoría de que al cesar la vida en un sér obedece el fenómeno al agotamiento de fuerza vital, bien por un medio natural, como sucede en los que mueren de vejez, ó ya de un modo violento, como acontece en los que muer-

ren de enfermedad, he deducido que reponiendo la energía vital gastada vuelve el organismo humano á su regular funcionamiento. Armado de esta deducción lógica me he dedicado á buscar el origen de la fuerza vital, y tras un período de treinta años de incesantes estudios y experimentos creo haberlo hallado.

Expresaba con tal gravedad y aplomo su majadería científica, que, más que lástima, me inspiró admiración aquel pobre maniático.

Pero al despedirme de él no pude menos que decirle:

—La vida del hombre es tan miserable, que no vale la pena de que se rompa usted la cabeza buscando el modo de eternizarla.

Miróme algo contrariado y contestó con tristeza:

—¡Usted también es de los que dudan! No importa, algún día se convencerá.

Al ver al doctor Vitalis en aquel camino y á aquella hora presentí algo que tuviera relación con su locura, por lo que determiné seguirle.

Al llegar ante la puerta del cementerio se detuvo, dejó en el suelo una linterna que llevaba escondida, y en el ángulo de luz que proyectó pude ver también un pico y un azadón; luego abrió la puerta con una llave, recogió los instrumentos y entró, cerrando tras de sí.

¿Qué iba á buscar allí el viejo doctor? Esta idea me atormentaba y excitaba mi curiosidad. Podía fácilmente escalar el muro, no muy alto; pero pensé que la puerta sólo estaría entornada. No me equivoqué. La puerta cedió y entré á mi vez, no sin cierto sobresalto. Vitalis estaba ya al extremo opuesto del reducido cementerio, removiendo la tierra con su pico. Acerquéme con precaución hasta llegar á un árbol, tras cuyo tronco podía observar sin ser visto.

El doctor removía la tierra encorvado. La luz de la linterna le alumbraba siniestramente. Sus ojillos brillaban, su faz congestionada estaba cubierta de sudor, y su boca, contraída, murmuraba incomprensibles palabras.

Un estremecimiento de terror agitó todo mi cuerpo; sentí el hálito de locura que se desprendía de aquel hombre, mezclado con el de la muerte que flotaba en la pesada atmósfera. La brisa callaba, y sólo de vez en cuando un débil murmullo, parecido á plañidero gemido, bajaba del copudo árbol.

Vitalis, después de remover el suelo, ahondó en él el azadón, sacando la tierra hasta dejar al descubierto un negro ataúd. Con auxilio del mismo instrumento levantó la tapa de la caja, que contenía el cadáver de una joven y hermosa mujer.

En aquel momento leve brisa pasó susurrante, acarició el pálido rostro de la muerta, agitando los rizos de su frente, y se perdió luego en el espacio como un gemido de eterno pesar que se alejaba.

Sentí un malestar de espíritu que me impedía estar quieto. No podía continuar siendo simple espectador. Salí súbitamente de mi escondite y avancé con resolución.

—¡Doctor Vitalis!—exclamé.

Dió un salto hacia atrás y me miró con sus penetrantes ojos verdes, en actitud indefinible, no sé si de desafío ó de temor.

—¿Qué quiere V? ¿Porqué me espía?

—La casualidad hizo que le encontrara y le seguiré.

—Me siguió, ¿eh? me siguió...—dijo mirándome recelosamente.

Tras un momento de silencio se acercó, cogió mi mano entre las suyas, ardientes y sudorosas, y agregó:

—Usted es mi amigo, ¿verdad?

Hice un signo afirmativo.

—Sí—continuó—, yo sé que puedo contar con usted. Tiene bastante inteligencia para comprender que cuanto hago es guiado por un fin noble y humano. Usted no lo ignora; quiero eternizar la vida, anhelo comprender el enigma del ser y del no ser.

—Propósito loable, doctor; pero ¿es realizable?

—Esto es lo que me propongo probar.

—¿En este cuerpo?—dije señalando el cadáver.

—En este cuerpo.

—¿Aquí?

—No, aquí no es posible. Es preciso llevar el cuerpo á mi casa.

—Pero, doctor...

—Ni una objeción, amigo mío; la ciencia tiene sus exigencias.

—Lo que usted hace es una profanación—insistí.

—¡Bah!—contestó—. ¿Qué importa profanar la muerte si en cambio doy la vida?

—¿Y si todo resulta una ilusión?

—Nada se perderá; volveré el cadáver á su sitio.

Comprendiendo lo absurdo de lo que pretendía,

La lucha por la existencia



Los obispos franceses tocando á rebato para que no les toquen la pitanza.

HOMENAJE Á CLAVÉ



La comitiva dirigiéndose al monumento á Clavé, en la Rambla de Cataluña.

me di por vencido, tentado quizás por mi curiosidad. No era posible que diera nueva vida á aquel inanimado cuerpo; pero, ¿no podía haber algo utilizable en su locura? ¿Cuánto no debe la ciencia á las extravagancias de los antiguos alquimistas? ¿Quién sabe si aquel loco, buscando la renovacion de la fuerza vital, hallaría una fuerza desconocida que, si no eternizaba la vida, contribuyera al conocimiento de los misteriosos agentes que en la misma obran!

Me llevó ante el cadáver y, con gesto soberbio, con voz profética y acento inspirado, díjome:

—Mire usted este cuerpo inanimado, inerte, sin luz en los ojos, sin sangre en las venas. Su cerebro no piensa, ni su corazón palpita; su boca, huérfana de aliento, ya no sonrío; sus labios ya no pueden devolver el beso ardiente del amante. La misma belleza de su rostro es la pálida belleza de la muerte, muda, fría, inexpresiva. Pudiera compararse este cuerpo á una bella arpa de rotas cuerdas que ya no pueden vibrar entonando la música de la vida. Pero la caja del arpa está aquí, y bastaría renovar las cuerdas para que otra vez salieran de ella, al impulso de nuevos sentimientos y nuevas pasiones, las vibrantes notas del dolor y del placer, del amor y del odio...

Calló, emocionado. Su rostro estaba transfigurado, casi bello, animado por el fuego de su alma delirante.

—Y bien—continuó—, yo haré que sangre sana co-

rra por sus venas, que su corazón palpite y su cerebro piense; yo daré á sus mejillas color, á sus ojos brillo, á sus labios movimiento, á todo su cuerpo vida... El intento es noble; ¿quiere usted ayudarme?

La casa del doctor estaba situada á las afueras del pueblo, en el mismo camino que conducía al cementerio.

Detrás tenía un reducido jardín, al extremo del cual levantábase el pabellón que servía de estudio y laboratorio. En medio del cuarto había una larga mesa de operaciones, sobre la cual colocamos el cuerpo de la muerta.

—Hay que desnudarla—indicó Vitalis.

Con algun trabajo logramos despojarla de los vestidos; y el desnudo cuerpo, que la muerte no había aun desfigurado, se mostró ante nuestros ojos con toda su triste belleza de carne fría y muerta, pero ostentando aún líneas esculturales y marmórea blancura. Tenía los ojos cerrados, suelta la rubia y abundante cabellera y extendidos los brazos á lo largo del cuerpo.

Había llegado el momento supremo. Vitalis iba á dar principio á su experimento.

—Doctor—le dije—, ¿estorbo?

—No; quédese usted; así verá con sus propios ojos.

—Volverá á la vida?...

—Dentro de algunos minutos. El procedimiento es



Las sociedades corales frente al monumento, entonando el Himno á Clavé.

sencillo y su acción momentánea. Todo se reduce á tres inyecciones de mi *vitalina* en determinadas partes del cuerpo.

Dijo estas palabras con seguridad tan absoluta, acompañada de una mirada viva y profunda, que, hipnotizado, no dudé ya de ver levantarse aquel cuerpo al impulso de nueva vida.

Para sustraerme á la enervadora hipnosis y alejar el malestar que empezaba á invadirme dirigíme hacia la abierta ventana. Arriba brillaban los luceros con tranquilidad soberana, sin que los oscureciera la más ligera nubecilla; abajo la brisa corría, corría rumorosa, acariciadora, agitando los vecinos campos con misteriosos suspiros, vagos gemidos, medrosos arrullos.

Casi había olvidado ya al doctor y á la muerta, extasiado en la contemplación de la Naturaleza en aquella noche serena, cuando una sorda exclamación de Vitalis, seguida de un penetrante grito de mujer, hicieronme volver con sobresalto.

¡Cielos! Todavía da un vuelco mi corazón al recordar la escena que á mis ojos se presentó.

La muerta, sentada sobre la mesa, temblorosa, casi convulsa, mirando con espanto y extravío á su alrededor... Vitalis, de rodillas, con los brazos extendidos y los ojos desmesuradamente abiertos...

Pues, señor, el caso fué que la joven aquella, bajo la influencia de un ataque cataléptico, había sido

dada por muerta y enterrada viva, y al recibir la impresión de las inyecciones inofensivas del doctor volvió en sí.

Pero Vitalis está convencido de que fué él quien le dió nueva vida con su *vitalina*; y aun hoy, cuantos le visitan en el manicomio donde está recluido, pueden oír de su boca sin dientes el relato sensacional de su famoso y verídico experimento.

ADRIAN DEL VALLE.

LAS APARIENCIAS

Todo es según el color del cristal con que se mira.

Erase la madrugada de un miércoles de Ceniza; brillaba el sol, alumbrando de Cuaresma el primer día. Tiempo de recogimiento que á la penitencia invita

El cofillon monárquico



Los danzantes de más viso.

y á volver al redil santo
á las ovejas perdidas.

Profanándole insensatas,
de cierto baile salían
enmascaradas parejas
entre infernal gritería,
cuando un cura regresaba
á su iglesia más que á prisa
después de *untar* a un enfermo
con las estopas benditas.

—¿Ves—dijo á su acompañante—
esas gentes libertinas
que se han pasado la noche
en abominable orgía?
Pues tendran atroz castigo
de la Suprema Justicia,
que Dios no ha de perdonarles
su impiedad y su lascivia.
Mira esa joven pareja
que al precipicio camina,
entre báquicos cantares
y voluptuosas sonrisas.
¿Ves? Pálidos, ojerosos,
ni aun á caminar atinan,
descolorido el semblante
y nubladas las pupilas;
¡y aún retozan y sonrían!
¡aún Satanás los anima!
Esos se van al infierno,
como yo á la sacristía.

Y respondió el sacristan
con la faz muy compungida:
—Donde van esos muchachos
es..... á otra parte distinta.

FRAY GERUNDIO.

ZARANDAJAS

EL PREMIO DE HARPAGON

Unos cuantos señores muy respetables, yo no los conozco, pero siempre suelen ser respetables los varones sesudos que rigen ciertas instituciones, tienen por costumbre distribuir, de tiempo en tiempo, unos premios, en pesetas, por supuesto, destinados á fomentar el ahorro y galardonar al ahorrativo que lleva sus cuartos á la Caja de Ahorros. Este año han hecho lo mismo y no ha mucho publicaron la convocatoria del concurso de ahorradores.

Si yo fuera gobernador de la provincia quizá hubiera considerado inmoral ese concurso, más inmoral que un certamen de tangos de aquellos

que tanto gusto dieron y tanto dinero en temporadas anteriores... pero no, no lo habría condenado, porque cuando se tiene la funesta manía de pensar no se suele llegar á gobernador, y si se llega no se piensa.

Desde los tiempos en que Piquer y Pontejos fundaron en Madrid el Monte de Piedad y Caja de Ahorros, tiempos felices por los que «Sabattini ponía faroles», á estos de ahora en que los *faroles*... farolean, las cosas han cambiado mucho, las ciencias adelantado bastante y aquel cambio y este adelantamiento han traído, entre otras cosas, el convencimiento de que el ahorro no consiste en coleccionar monedas, ni menos en privarse de lo preciso para meter unos céntimos en la hucha.

Esto es tan elemental hoy que lo saben desde Zurdo Olivares hasta Valentí Camp; pero con todo y saberlo, no hay quien en Barcelona se decida, de los que pueden, se entiende, á plantear iniciativas de ahorro moderno, por ejemplo, del que se logra consumiendo, no del que se alcanza consumiendo.

Por acá tenemos una Asociación para la lucha contra la tuberculosis, y, aun cuando parezca raro, á esa Asociación debiera acudir en alzada contra el otorgamiento del premio de Harpagon. Es muy interesante el prohibir escupir en el suelo, interesantísimo el recomendar la higiene y con ella las desinfecciones hasta de los billetes de Banco; pero ¿no ha pensado la Asociación en las libretas de la Caja de Ahorros? Piense en ellas y no será difícil dar entre sus hojas con el microbio de la avaricia y la causa de desnutrición de muchos cuerpos que los hace candidatos á la tuberculosis.

Por cierto que también hubiera sido interesantísimo el informe que la Asociación contra la tuberculosis hubiera podido á dar á la Comisión extra-

Recuerdos de la boda

parlamentaria encargada de estudiar la supresion de los Consumos. Entre el pincho del *burót* y el bacilo de Koch y su propagacion hay más relacion de la que parece, segun ha demostrado en luminosos escritos el ilustrado doctor Comenge.

Quizá por eso, por lo interesante que hubiera sido, no se ha pedido ni dado ese informe.

Y volviendo al tema. Creo que por humanidad hay que declarar odioso otorgar un premio á la suma mayor de hambres voluntarios, y que este riesgo se corre de no adoptar la precaucion de premiar á la mayor cantidad ahorrada de pesos en relacion con el peso del ahorrador y de los suyos. Por algo y para algo lleva la Justicia una balanza. Y aun fuera bueno fijar un peso mínimo para los concursantes al premio, á pesar de que podría ocurrir haberlo de declarar desierto, como desiertos quedarían muchas veces esos premios á la virtud de las doncellas si éstas hubiesen de justificar junto con su pureza un aceptable fisico.

Voy creyendo más necesaria que la reforma del derecho mercantil en lo que se refiere á los concursos de acreedores la promulgacion de una ley sobre concursos con premios á las virtudes públicas ó privadas, al arte y á otra porcion de cosas.

De no hacerse algo en tal sentido continuarán los absurdos como aquel que se cometió premiando en un concurso municipal de edificaciones á la misma Caja de Ahorros, que ahora premia la avaricia despues de haber sido premiada por el despilfarro que representaba la suntuosidad de un palacio hecho para lo que antes no necesitaba más que una hucha de barro que costaba dos cuartos.

Era un filósofo aquel fabricante de aguardientes que anunciaba sus productos diciendo: «No ha sido premiado en ninguna Exposicion ni provee ninguna casa real.» Como lo eran dos señoras que entablaron el siguiente diálogo, hablando de una criada que despedía la una y trataba de admitir la otra.

—¡Oh, es una muchacha excelente! Plancha, guisa y cose á maravilla— decía la informante—, es limpia como los chorros del oro, no tiene novio. En fin, una gran sirviente que hasta tiene su libreta de la Caja de Ahorros...

—Pues no me conviene.

—¿Por qué?



—Esto ser shocking...

—¡Oh! aquí el entusiasmo monárquico no da para más.

—Por eso.

—¡Ay, señora! Por eso mismo he tenido yo que dejarla. Desde que se anunció que daban un premio al ahorro, tenía que darle tres pesetas más para la plaza.

JERÓNIMO PATUROT.

De la Academia de Ciencias Morales





El conde de Romanones se conforma fácilmente. Hace pocos días, hablando con varios periodistas, dijo el conde, con esa... sangre fría (la llamaremos sangre fría) que tiene tan acreditada, que los festejos de la boda regia habían salido á pedir de boca, puesto que no se había registrado más contratiempo que el del 31 en la calle Mayor.

¡Una friolera!

Con ese modo de razonar es muy capaz Romanones de tenerse por un apuesto y gentilísimo mancebo, pues la verdad es que su físico no tiene más pero que la cojera.

Pero ¡rediez qué contratiempo y qué cojera!

**

El marqués de Marianao ha tenido la fineza de anunciarnos que muy pronto la corte de España deja para venir á ponerse otro rato á la cabeza del ilustre Ayuntamiento que á poquitos alcaldea.

Yo sé de algún maldiciente que, al saber lo de la vuelta, ha dicho:

—¡Caray! ¿Tan pronto á Barcelona regresa?

¿Por qué no se está en Madrid un par de lustros siquiera?

De este mismo parecer son los muchos que no esperan que el marqués de Marianao logre pensar cosa buena. Yo opino que juzgan mal al marqués los que así piensan.

Es muy cierto que hasta aquí no ha hecho una cosa á derechas; pero la cosa ha cambiado, pues se ha de tener en cuenta que cuando se fué á la corte se fué de marqués á secas,

y que en Madrid reforzó, al cubrirse, su nobleza.

Y yo digo: si el cubrirse no es tan solo una pamema, cosa que no es de creer de ceremonia tan seria y que tanto gozo causa á las gentes palaciegas, es seguro que el marqués hará cosas estupendas.

Pensando en esto, he tenido una luminosa idea que descubro por si ustedes con su buen juicio la aprueban.

He pensado que al marqués le concedamos licencia para andar siempre cubierto en tanto la vara tenga.

Y así, viéndole que siempre el sombrero puesto lleva, no habrá quien diga que no tiene nada en la cabeza.

Una chirigota que nos brinda el periódico francés *L'Assiette au Beurre*:

“¡Ha sido de pésimo gusto incluir una corrida de toros en el programa de las fiestas de la boda!... Un pueblo supersticioso podría considerar esto como un mal presagio.”

Quando le hablan á José A. Mir y Miró de sus amores con Lerroux, el rubor cubre la frente del doncel progresita.

¡Hombre, no es para tanto!

¡OH, HAMILTON!

Yo, aunque fuera un Teseo, al visitar esta piadosa tierra para asistir á espléndido himenco, vendría en son de guerra y apercebido casi á la conquista, porque aquí el más turista, así sea un germano, inglés ó galo, si ha escapado á la bomba terrorista, no se libra de un palo.

La indignacion producida por el atentado de Marteo Morral fué tan grande y tan general, que poco faltó para que no se encontraran en España doce palmos de terreno donde dar piadoso descanso al criminal.

Los vecinos de Torrejon de Ardoz declararon terminantemente que en aquel pueblo no se enterraría á Morral; las autoridades eclesiásticas de Madrid le cerraron las puertas del cementerio católico, y cuando ya se resolvió dar al cadáver sepultura en el cementerio civil protestaron las personas que tienen allí enterrados parientes ó amigos.

He aquí un hecho del que puede sacar el doctor Lopez un excelente argumento para probar la urgente necesidad de que se instalen los crematorios.

Y á propósito del crematorio y del doctor Lopez: segun parece, aun tardaremos en tener el gusto de ver achicharrar á nuestros semejantes; y conste que lo de tener el gusto no lo decimos con pizca de mala intencion, sino que, entusiasmados con lo mucho bueno que el doctor Lopez ha dicho de la incineracion, hemos llegado á

En audiencia



¡Este moro debe ser de gruyère!

El seis doble republicano

creer que en cuanto comiencen á funcionar los hornos van á ser muchos los que se apresuren á morir sólo por disfrutar el placer de que los reduzcan á cenizas por un procedimiento tan excelente.

Pero entre tanto llegan tan venturosos días, tenemos el consuelo, para alegrar la vida, de ver que el doctor Lopez tiene la sangre frita, se quema de coraje y dicen que echa chispas.

Si se forma algún día la nueva policía, en ella debe figurar *Memento*, que, sin duda, podría atisbar por el alto firmamento. Si ese nuevo Dupin á veces y en lo llano y lo liso, [rra al menos, desprendido de la tierra, [rra, encontrará... las aves del Paraíso.

Borrell y Sol, el gran síndico, aspira á revestir su dignidad de un bello uniforme.

Una librea le sentaría muy bien.

Pero aún estaría más seductor vestido de pertiguero de la Basílica ó con el hábito de los caballeros de Santiago.

Y si quiere singularizarse más todavía, puede adoptar el traje de los empleados de pompas fúnebres, cambiando el color, que, tratándose de Borrell, debía ser amarillo ó lila.



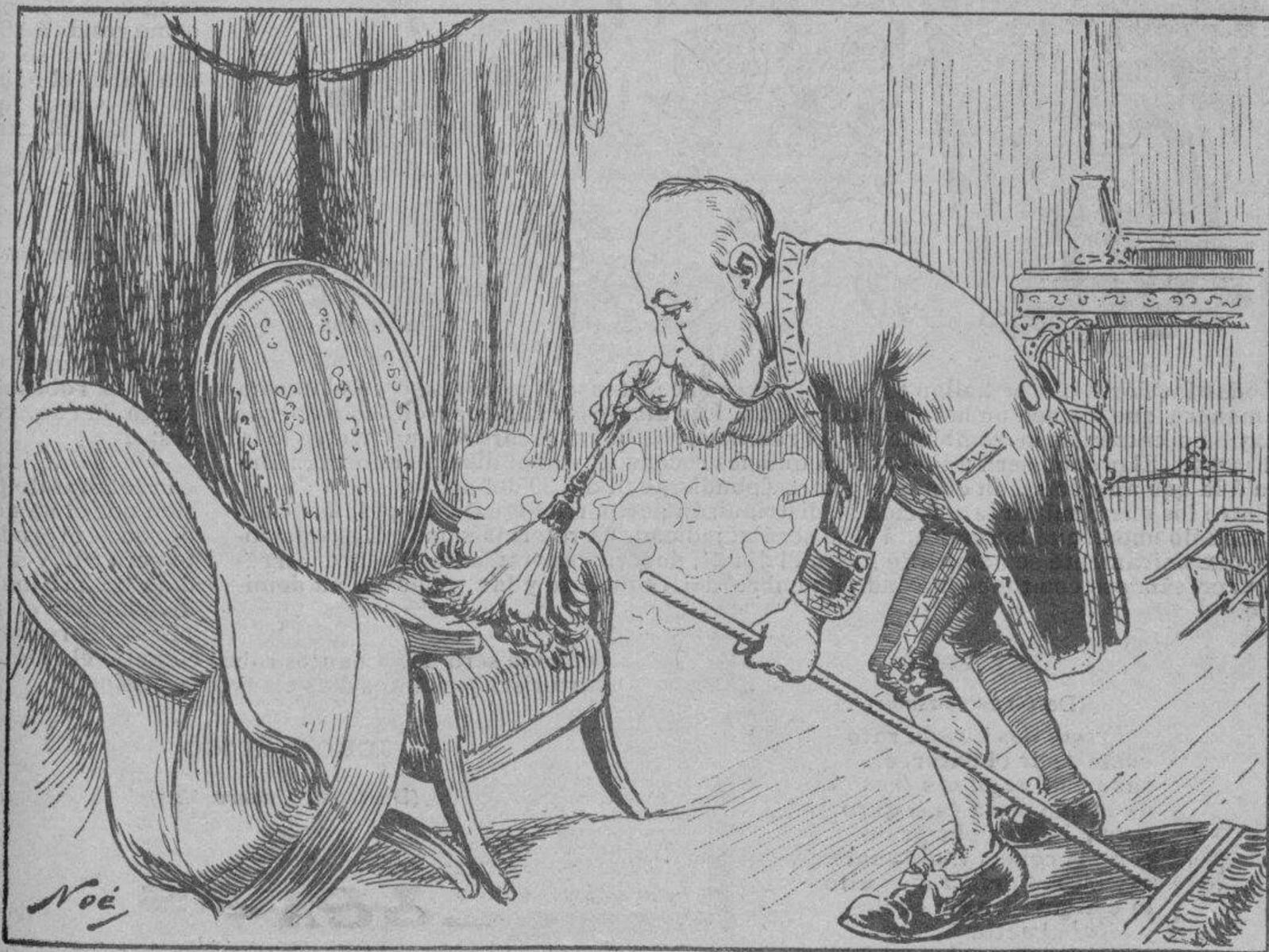
A todos contempla y á todos atiende

y con todos vive... y con todos bebe.

Memento jura y perjura que él conocía toda la vida y milagros de Mateo Morral. Por saber, hasta sabía cuándo salió de Barcelona para Madrid. Y si no sabía cuáles eran sus terroríficos proyectos, sospechaba que debía maquinarse algo malo.

Pero, á pesar de saber tanto, *Memento* ha dado otro nuevo marronazo, no haciendo nada para evi-

Despues del baile



¡Jesús, cuánto polvo!

tar el atentado. Mas no ha sido por olvido, sino por exceso de precaucion y de compañerismo; tuvo miedo de que si se telegrafiaba lacónicamente á Madrid "Detened Morral," detuvieran y encarcelaran á cualquier individuo de la policia.

¿Piensas que ser buen actor cuesta mucho? ¡Craso error! Con crítico que se vende, serlo ó no serlo depende de una entrada de favor.

El señor Valentí Camp ha regresado del Congreso antropológico de Turin,

Yo supongo con horror el papel que este señor allí nos ha hecho jugar: malo si no supo hablar y si quiso hablar, peor.

A la boda real celebrada en los Jerónimos solo asistieron *doce* obispos.

Y, sin embargo, firman y cobran nómina en España *sesenta* prelados.

¿Dónde estaba el resto?

De estos señores sí que puede decir la monarquía que son enemigos pagados.

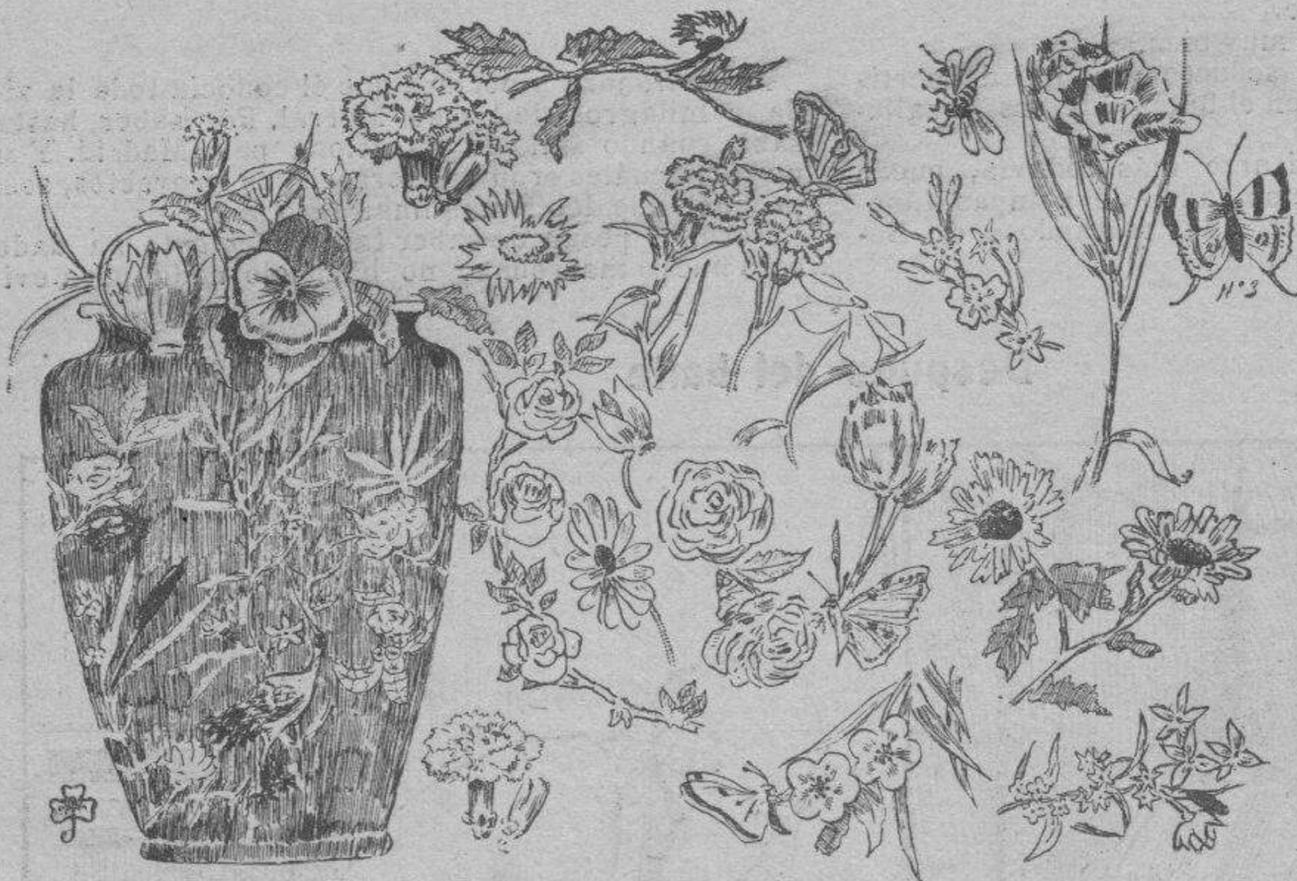
Un soldadito de quince años, tambor de regimiento, gravemente herido en una pierna en el atentado de la calle Mayor, ha sido agraciado espléndidamente con una cruz pensionada de *siete pesetas cincuenta céntimos*.

Y dicen que el chico estaba loco de contento. Más debe estarlo el Gobierno: dar treinta reales por una pierna es una ganga.

Las de cabrito cuestan más.

QUEBRADEROS DE CABEZA

Concurso n.º 19.--EL RAMILLETE



Todas las flores que se hallan fuera del jarron recórtense y colóquense en el mismo de manera que formen un hermoso ramillete. Los dibujos señalados con los números 1, 2 y 3 no entran en la combinacion del ramillete; deben colocarse á uno y otro lado del jarron. El premio será adjudicado á quienes reconstituyan el dibujo en forma idéntica á la que aparecerá en el número correspondiente al día 30 del actual.

Entre los que remitan la solucion se distribuirán por partes iguales 50 pesetas; caso de ser sólo uno el que lo remita, á él le será adjudicada la referida suma. Las soluciones, que únicamente se admitirán hasta el día 24, deberán enviarse bajo sobre cerrado, expresándose con toda claridad el nombre del remitente y las señas de su domicilio.

CHARADA

(De Un del Masnou)

Prima dos á cada rato
suele decir el baturro;
cada cual segunda tres
de lo que mata es seguro,
segun lo reza el refran
con sus comas y sus puntos;
hoy el tres prima muy alto
la estilan sólo los chulos,
y total el actor busca
mientras dura el mes de Junio,
para tener la pitanza
cuando reina el frío crudo.

cociente será 11. ¿Cuántos robos cometió el referido carterista y cuántos días estuvo en prision?

JEROGLÍFICO

(De Luisa Guarro Mas)

A
LOCAS

CORRESPONDEN

COJOS

PROBLEMAS

(De Francisco Masjuan Prats)

La raíz cinco de la potencia $3/2$ del número de viajes realizados por mi amigo S. á las oficinas de EL DILUVIO, hasta conseguir diez cupones, con los cuales recogió uno de los libros que se ofrecen como premio á los solucionistas, es igual á $2'6576$; y como reside á $3'500$ kilómetros se desea saber el número de viajes que efectuó y el camino recorrido.

(De J. Muste Sandoval)

Preguntado un carterista por los días que había estado en la prision y por los robos que había hecho, contestó:

—Si se multiplican los días de prision por el número de robos, el producto será 891, y si los días de prision se dividen por el número de robos, el

SOLUCIONES

Al concurso n.º 18.-Don Trifon y su perro



(Entre las soluciones recibidas no hay ninguna exacta.)

(Correspondientes a los quebraderos de cabeza del 26 de Mayo.)

AL ROMPE-CABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

Primer plafon

Canton - Pekin - Han-Ken - Kiang-ning - Sin

Segundo plafon

Confucio - Budha

(No hemos recibido ninguna solucion exacta)

A LAS CHARADAS

Pitarra - Cáncer - Aguila

A LOS PROBLEMAS

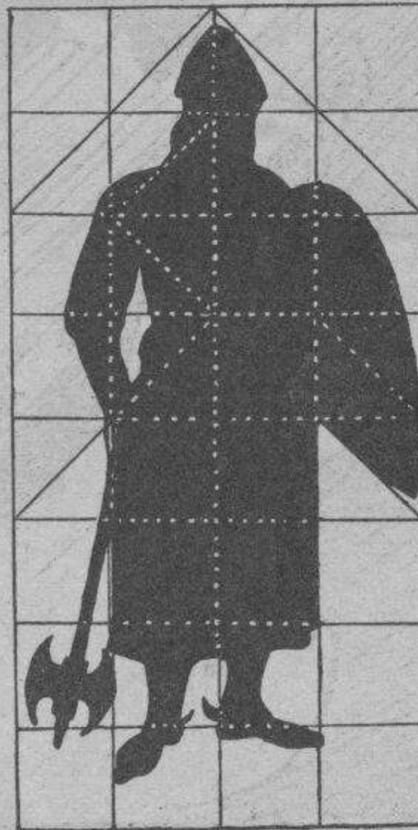
Deberían estar prestados 63 años

Hizo 15 viajes y recorrió 64'140 kilómetros

A LOS JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

Ceniciento
Numerosos

AL ROMPECABEZAS



Soluciones recibidas.—A la charada primera: María Sistachs, Teresa Sils, Ramon Antich, José Prats Serra, Pedro Puig, J. M., José Grogués, Xavier Mingall y Jacinto Romagosa.

A la segunda charada: Teresa Sils, Josefa Torrens, José Prats Serra, Pedro Puig, M. B., Santiago Valls Palljá, Xavier Mingall, Miguel Guasch y Juan Delhom.

Al problema primero: José Grogués, Mauricio Serra y Juan Brugarolas.

Al segundo jeroglífico: José Torrens, Isidro Coll, Vicente Salvatierra Gregori, Miguel Guasch y Pedro Merc.

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

Hasta hace poco éramos los españoles tributarios, como de tantos otros artículos, de las diversas marcas de Agua de Colonia que se nos entraban por las fronteras.

Hoy se ha probado que en la nacion sabemos preparar mejores Aguas de Colonia que los franceses, alemanes, rusos é ingleses, con la no despreciable cualidad de que la de nuestros compatriotas nos cuesta mucho menos dinero. Buena prueba de ello es la baja de la importacion y las ventas enormes de la tan renombrada **Agua de Colonia de Orive** en frascos de batalla y de lujo, como la mejor presentada por los extranjeros. Por 8'50 ptas. 2 litros; por 16 ptas. 4 litros, remite su autor franco todo gasto estaciones.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

El citrato de Magnesia Bishop es una bebida refrescante que puede tomarse con perfecta seguridad durante todo el año. Además de ser agradable como bebida matutina, obra con suavidad sobre el vientre y la piel. Se recomienda especialmente para personas delicadas y niños.



El citrato de Magnesia Granulado Efervescente de Bishop, originalmente inventado por ALFRED BISHOP, es la única preparación pura entre las de su clase. No hay ningún sustituto «tan bueno». Póngase especial cuidado en exigir que cada frasco lleve el nombre y las señas de ALFRED BISHOP, 48, Spelman Street, London.

En Farmacias. - Desconfiar de imitaciones

MAGNESIA

DE BISHOP

GRASA

SUPERIOR

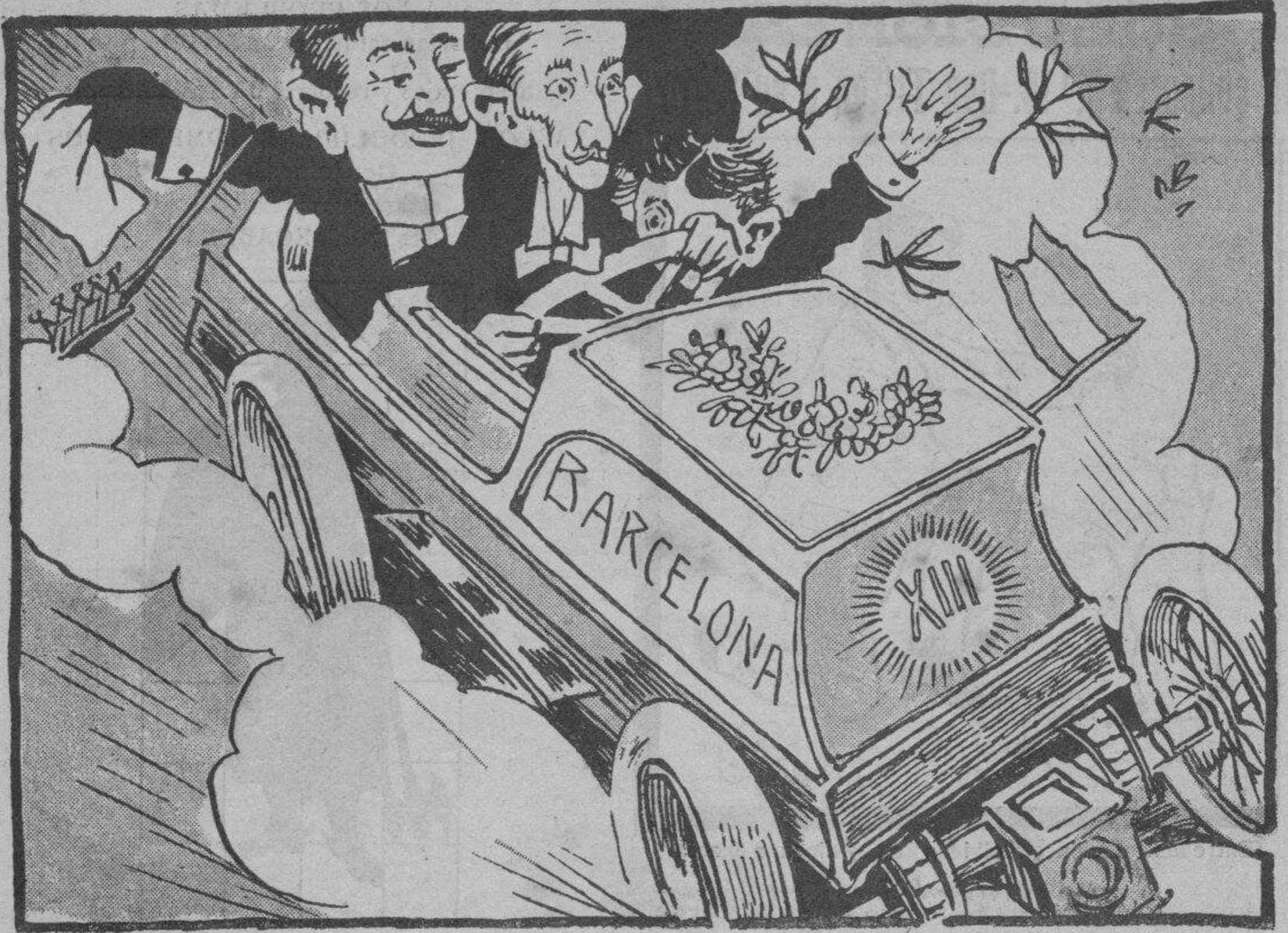
PARA

CARROS

MARCA

EL PROGRESO

LA CARAVANA MONARQUICA



A LA IDA: Echando flores.



A LA VUELTA: Echando chispas.